

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XXV

Abril de 1948

Núm. 274

Puntos de vista

Tirso de Molina, (nacido en Madrid en 1585 y muerto en Soria en 1648)

ALTO, pálido, de pelo oscuro, fray Gabriel Téllez, conocido en el mundo literario por el pseudónimo de Tirso de Molina, es el creador de un mito primordial de las letras universales, basado en la figura galante de Don Juan. Su condición de religioso mercedario de carrera, no refugiado en la Orden Católica en los últimos años de su vida, como ocurre en Lope de Vega y otros artistas de aquella época de soldados y frailes, hace todavía más interesante su creatura artística que parece simbolizar, antes que la concupiscencia y el cinismo, una singular energía de la tierra frente a la divinidad. Y como sucede con estos símbolos humanos, imposibles de trasladar a la tierra con la totalidad de sus atributos, que sintetizan, dentro de su simplificación mítica, mucho más de lo que exhibe el hombre de carne y hueso en el suceder flojo de la vida vulgar, la figura del burlador, llevada a la estilización literaria por Tirso de Molina en España, se traslada después a otros países cuyos escritores la identifican con sus características propias; atraídos sin duda por el contorno universal del personaje, tan humano como inhumano, tan concreto y a ras de tierra como abstracto. Molière, Byron, Baudelaire, Goldoni, Lenau, Strauss, Mozart, no hacen más que asimilar el perfil de este mito, obtenido gracias a la estilización literaria de Tirso y darle forma en la poesía lírica o dramática que señala el carácter de sus respectivas nacionalidades,

acentuando en distintos sentidos los rasgos universales de la creación. Aunque la eleven en ciertos casos, a una idealidad romántica que no coincide con el Don Juan auténtico; español, soberbio y sensual; pecador sin ser demoníaco. Pero es justamente en la propia España donde el mito de Don Juan señala otras facetas vivísimas de su rico temperamento. El poeta José Zorrilla proyecta su figura cínica, inevitablemente condenada por su desafío a la divinidad en manos de Tirso, hacia las posibilidades redentoras del amor, del grande y puro amor, el único existente, que deja atrás las emociones necesarias de la sensualidad y el prurito arrogante y despiadado del frívolo galán.

Estudiado a través de las normas modernas y antiguas de la medicina; considerado por algunos como un individuo de sexualidad precaria, enjuiciado por no pocos eruditos como un ser de inteligencia escasa, que no requiere raciocinios, ni siquiera lenguaje ingenioso, para seducir a sus emotivas víctimas, el mito de Don Juan elaborado por Tirso, pervive en su imponderable irradiación universal, lo mismo que Don Quijote, La Celestina, Fausto o Hamlet, a través de la repetición monótona de la especie humana. No pocos eruditos han llegado a oponerlo al tipo patriarcal de varón sin tacha, fecundo y amante de sus hijos, como un contraste de esterilidad y frívolo desvarío, más aproximado a la actitud emocional, poco razonadora de la mujer, que a la innata severidad varonil, para quien la sensualidad es sólo un factor accidental. Mas, donde habrá de radicarse justicieramente la creación apasionada de Tirso, menos cristiana que la de Zorrilla, es en su soberbia energía, en su amor a los goces de la tierra, en su actitud de desafío a una divinidad terrible, dueña de un más allá de justísimos premios e implacables castigos.

Pudiera relacionarse esta conducta de escepticismo social y también de gallardía intelectual con la hipótesis, aceptada por doña Blanca de los Ríos, principal biógrafo de Tirso, que lo supone hijo bastardo del Duque de Osuna y deja fluir la consecuencia de que el creador de Don Juan, de numerosas comedias satí-

ricas y de este dístico mordaz: «la desvergüenza en España se ha hecho caballería» ingresó muy joven a la Orden de la Merced, hastiado del mundo que no ama ni lo ama. Pero es más atinado pensar que fué su honda contextura de hombre renacentista lo que dinamizó la obra literaria de Tirso, sea después de su viaje a Iberoamérica, a la Isla de Santo Domingo, inspiradora de la Trilogía sobre los Pizarro, sea en sus Misceláneas donde la prosa adquiere una plasticidad encantadora que va desde el barroquismo brillante hasta el alarde escueto, irónico y grácil.

Son en verdad la riqueza de su estro que abarca la prosa, la historia y la poesía; su concepto ético, de fraile español; que surge claro en su Miscelánea «Deleitar aprovechando»; su sentido epicúreo de la vida galante y del amor, los que simplifican el conocimiento del creador de Don Juan y hacen más fácil desentrañar la conducta de su héroe, sin más tribunal que la divinidad por él desafiada. Actitud renacentista y española por excelencia, síntoma inconfundible de la concepción política universal de su nacionalidad que desconoció distancias geográficas y complejidades raciales para formular la estructura radiante de su sueño y darnos un idioma y un fundamento de orden sobrenatural y ético.

Es, pues, aquí en Iberoamérica, rebrote nítido de la vitalidad hispana, laboratorio y esperanza de la cultura occidental, donde nos corresponde exaltar también la figura humana y artística de Tirso de Molina, en el tercer centenario de su muerte, seguros de que lo perecedero de su cuerpo, se hizo eternidad en el desenfado original de su creatura artística.